

Demetrio Aguilera Malta. El precursor del Realismo Mágico

Renán Flores Jaramillo *

A pesar de haber pasado buena parte de su existencia fuera del país, Demetrio Aguilera Malta debe considerarse como una de las plumas más importantes del Ecuador en el siglo XX, ya que a pesar de eso, él mismo se sintió orgulloso de su profunda ecuatorianidad.

Nacido un 24 de enero de 1909 en Guayaquil, su vida en el Ecuador únicamente alcanzó a poco más de la adolescencia, ya que una vez terminados sus estudios secundarios en el Colegio “Vicente Rocafuerte” de su ciudad natal y de haber iniciado la carrera de Derecho, pronto la abandonó, junto con los cursos de la Escuela de Bellas Artes que había iniciado simultáneamente, para comenzar en 1930 su deambular por el mundo.

Se traslada a Panamá durante cuatro años, en los que trabajó como periodista, para luego viajar a España con el fin de estudiar Humanidades en la Universidad de Salamanca. Por desgracia, la Guerra Civil española

truncó sus planes en 1937, por lo que hubo de regresar al Ecuador. A partir de aquí simultaneó las estancias en su país con los viajes al exterior, ya en misiones oficiales, ya por asuntos privados o invitado por instituciones y Gobiernos extranjeros.

Sin embargo, a partir de 1958 fijó su residencia en México, país en el que se dedicó a escribir para periódicos, revistas y suplementos de varias naciones iberoamericanas y de los Estados Unidos.

“Desde muy temprana edad Aguilera sintió la afición a ejercitar la pluma en versos –dice Gerardo Luzuriaga en su libro *Del Realismo al Expresionismo*–, como es usanza entre escritores latinoamericanos que ‘se respetan’, y también en el periodismo”.

Aguilera colaboró en la revista *América*, que fue uno de los más importantes órganos de difusión de las nuevas corrientes literarias e ideológicas de aquel entonces. “En Centro-

Escritor, narrador, periodista y considerado por la crítica como uno de los creadores más importantes del ensayo literario hispanoamericano. Autor de más de 30 libros y ha obtenido importantes galardones: Premio Nacional de Periodismo “Miguel de Cervantes” (1974); Carabela de Plata (1976); y Carlos Septién (1977).

américa –siguiendo también a Luzuriaga- escribió para el *Diario de Panamá*, y desde 1933 colaboró con El Universo de Guayaquil”. Posteriormente, contribuyó como columnista en diversas publicaciones periódicas del continente.

Benjamín Carrión –a quien Aguilera dedicó su novela *Siete lunas y siete serpientes*- le denominó amistosamente, ‘judío herrante’. Lo cierto es que la definición fue bastante acertada porque Aguilera Malta no permaneció quieto nunca.

“Compelido a salir de España por el conflicto armado, retornó en 1937 al Ecuador, para desempeñar hasta 1943 una cátedra en su antiguo colegio secundario. En 1937 ocupó el cargo de subsecretario de Educación Pública”. Sirvió a misiones culturales y consulares en Chile, visitó varios países europeos y casi todos los americanos.

Luzuriaga relata, además, el incesante andar de Aguilera por el mundo, sirviendo a la literatura y al periodismo en todos los países por los que pasó.

Dictó “cursos y conferencias en universidades e instituciones de Brasil, Chile, Colombia, Centroamérica, México y Estados Unidos”. Asimismo, deambuló “por gran número de empresas, desde la fabricación de alimentos y el negocio de imprenta, hasta la pintura de retratos, el grabado en madera y la industria cinematográfica. En este campo –continúa Luzuriaga- mantuvo durante algún

tiempo un noticiario en el país, dirigió cortometrajes sobre los indios Colorados y Salasacas y participó, junto con Velia Márquez, en tres largometrajes: *Cadena infinita* (1949), de ambiente marino, dirigido por el chileno José Bohr; *Entre dos carnavales*, filmada en Brasil en 1951, y *Dos ángeles y medio*, realizada en Colombia”.

Autor de poesía, cuento, novela, teatro, ensayo y crítica literaria, Aguilera fue un escritor múltiple, que tentó las muchas posibilidades de la literatura.

Al principio fue la poesía. Como suele suceder, los años jóvenes de Aguilera estuvieron salpicados de romanticismo. Se le ha llamado el lírico y a la vez el más “tropical” del grupo de Guayaquil –anota Luzuriaga-. Sin embargo, pronto abandonó el verso, aunque integró romances en dos de sus primeros dramas”.

“Como es natural, el poeta deja su huella aquí y allá, en obras dramáticas y narrativas, y en tal sentido debe interpretarse la inclusión de una serie de poemas, aunque de factura ajena, en su pieza teatral, *Infierno negro* (1967)”;

Negros descalzos frente el Campo de Marte
o en el tibio mulato camino de Petionville,
o más arriba,
en el ya frío blanco camino de Kenskoff;
negros no fundados aún,

sombras, zombis,
lentos fantasmas de la caña y el
café,
carne febril, desgarradora,
primaria, esponjosa, vegetal...

Propias o ajenas, Aguilera hizo tuyas estas palabras. Tal vez todos los poetas o escritores debieran poder acceder, sin que ello significara “copiarse” a la escritura ajena. Si un escritor o un poeta han encontrado una manera o una forma exacta y hermosa de decir las cosas, ¿por qué no utilizarla dentro de otro contexto?

Entre los muchos, muchísimos libros que se han dedicado, totalmente o en parte a Aguilera Malta, hay que hablar en primer lugar de *Realismo mágico en la narrativa de Aguilera Malta*, de Antonio Fama.

“Sobre el realismo mágico falta todavía un estudio definitivo. Hay quien explica el término –dice Fama– como continuación o adaptación de los movimientos de vanguardia europeos, mientras otros creen que se trata de un fenómeno puramente hispanoamericano”.

Si bien Carpentier declaró en alguna ocasión que ese realismo mágico tiene que ver con la novelística española, lo cierto es que donde más suele darse es entre los escritores iberoamericanos.

Son numerosos los ejemplos: García Márquez y sus *Cien años de soledad*, pueden ser una buena muestra. Sin embargo, Demetrio Aguilera

o el propio Carpentier, son los más significativos.

“Con base en una técnica de novela total, sin predominio de ningún “istmo”, y con los recursos definidos del humor negro, el texto a ratos alucinante y extraordinario y a veces realista y normal –anuncia la solapa de *El secuestro del general*, en edición de Joaquín Mortiz– nos lleva en vaivén entre la magia y la realidad, entre la angustia del acontecimiento cotidiano y la esperanza de la libertad en lo que Jorge Campos ha definido, con razón como la *Saga mágica* de Demetrio Aguilera Malta”.

Y si aquí se puede hablar de realismo mágico o de saga mágica, también es preciso recordar que Aguilera fue autor de obras muy importantes de realismo sin magia: sus famosas novelas históricas, como *La caballera del Sol*, *El Quijote de El Dorado*, o *Un nuevo mar para el Rey*.

“Estos episodios –dice Luzuriaga– han sido acogidos con entusiasmo y alabanza, tanto por la sólida documentación histórica que despliegan (y por su consiguiente bondad para fines pedagógicos), como por el acierto de su estilo, gracias al cual con vigor y con exuberancia, con emoción y simpatía, con descripciones cautivantes, y aun con técnicas refinadas, como el *fluir* de la conciencia, las figuras históricas asumen vida y realidad. El primero de ellos, *La Caballera del Sol*, ha sido traducido al inglés, y de él se ha dicho que “será por mucho tiempo una de las mejores obras de

ficción de base histórica en la América Hispana”. Y hasta se ha llegado a considerar estas novelas superiores a algunas de Pérez Galdós y Manzoni”.

“Cuando llegó Balboa y tuvo la oportunidad de tratarlo y de conocerlo más de cerca, su opinión mejoró. Parecía un hombre bueno y generoso. Esos meses de lucha en la selva con los hombres y los elementos, lo habían serenado —escribe Aguilera en *Un nuevo mar para el Rey*-. La amistad que despertaba en la mayoría de los indios y la comprensión de algunos caciques casi fraternales, le hacían mirar a los nativos sin prejuicios”.

Lo más importante de estos episodios americanos es, sobre todo, cómo convierten a un puñado de españoles aventureros en personas que amaban, pensaban, odiaban. Es profundamente interesante descubrir los problemas que se plantea Bolívar cuando debe dilucidar el qué hacer. Es sorprendente descubrir el miedo enorme de Orellana ante los indios y los estragos de la falta de comida.

“Orellana, contando ya con la protección de los arcabuceros, ordenó que se embarcara la comida. Cuando terminó ésto, ordenó asimismo, que se embarcaran los heridos. Los que no podían sostenerse en pie fueron envueltos en mantas y los llevaron a cuestras, como si se tratara de cargas de maíz. Así, los indios no los verían cojeando. Pues, de verlos, serían capaces de atacarlos de nuevo para impedirles embarcar”.

Y no solo se da una clara imagen de la gente española y colonial; también sorprende enormemente, como en el caso de *El Quijote de El Dorado*, el gran conocimiento que Aguilera tiene de las tierras españolas, ya que si bien entra dentro de la lógica que el escritor describa en toda su belleza los paisajes y los pueblos de América, no lo es tanto que nos hable de España con tanto detalle y pulcritud como lo hace en las primeras páginas de este libro.

“Cuando después de mil penalidades, cruzaron la frontera, Orellana no pudo ocultar su emoción y su entusiasmo. Estaba, por fin, en España. Su España. No era la misma que dejara tanto tiempo atrás. Esto lo supo desde su arribo a Portugal. Había crecido en dimensión y en influencia. El rey Carlos I controlaba no sólo estas tierras y las del otro lado del océano, sino también otras de la propia Europa: Alemania, Italia, Flandes...”

Aguilera nos introduce en los pueblos españoles a través del retorno de Orellana. Nos indica cómo era la sociedad sevillana, donde el descubridor debía esperar la orden del rey para partir nuevamente hacia aquellas lejanas tierras.

“Poco a poco, el extremeño se iba sintiendo menos incómodo entre aquellos cortesanos para quienes el tiempo transcurría lento y plácido. Con todo, había momentos en que no podía soportar ese reflujo de las gentes, esa falsa valoración de los

seres y de las cosas. Entonces con su amigo, se dirigían a la orilla del Pisuerga y, ante el río, dialogaban casi siempre sobre el tema que constituía su obsesión”.

“¿Comparecesteis nuevamente ante el real Consejo de Indias?”.

Y, como un estallido de primaveras, como una realidad que no puede olvidarse, Aguilera nos recuerda que Orellana es un hombre, que Orellana se enamora, que quiere llevarse a su Ana a tierras americanas.

“Él no tenía un talante muy propicio para ser amado. Los años vividos, los golpes de tantas guerras, los sufrimientos en las múltiples aventuras, el ojo perdido..., todo, todo le había estriado el rostro, dándole una consistencia de corteza vegetal...”.

Las terribles dudas de Orellana, su amor por las tierras de la Canela, su desesperación ante los múltiples papeleos y gestiones que deban cumplirse para partir; el barco que tiene la quilla partida cuando ya podían zarpar... todo se ponía a favor de la desesperanza, pero la recia personalidad del explorador se sobrepone a las innumerables dificultades. Esto lo cuenta Aguilera con poesía y belleza pero también con un cuidadoso respeto por la historia.

Por otra parte, el afecto por el indígena aflora en cada página. Es curioso cómo Aguilera Malta, sin soslayar los problemas que ello produce, deja bien, históricamente hablando, tanto al conquistador español como al indio que lo combatió.

“En una de las canoas venía el que parecía jefe de todos los atacantes. Alentaba a los suyos con gritos y ademanes. Hernán Gutiérrez de Celis lo apuntó cuidadosamente con su arcabuz. Disparó y el Señor Indio cayó muerto. Los naturales detuvieron instantáneamente todo movimiento. Después silenciosos, se acercaron a la canoa donde estaba el jefe caído. Los bergantines continuaron navegando y pronto estuvieron lejos. A todos les quedó en la canoa que llevaba el cadáver del cacique. Y en sus oídos pareció crecer un gran silencio”.

Asimismo, Aguilera nos muestra cómo el indio estaba dispuesto, según las ocasiones y su propio miedo, a recibir al español. Y cómo, también, los españoles comprendan la necesidad de no pelear, la necesidad urgente de hacer amistad con esos habitantes.

“Como estaban lejos del Rey y del Gobernador y sin la posibilidad de conseguir refuerzos o ayuda de ninguna clase, tenían que valerse por sí mismos. Lo adecuado, por eso, sería tratar de hacer amistad con los nativos. Y de obtener, por las buenas, cuanto pudiesen”.

Un nuevo mar para el rey

Éste es el título del libro tercero de estos episodios americanos. Tiene como subtítulo *Balboa, Anayansi y el Océano Pacífico*, y es asimismo, en su mayor parte, verídico, si bien Aguilera domina una técnica capaz

de convertir estos textos en relatos apasionantes.

“Anayansi –la hija del cacique Careta– sentíase intranquila. A medida que se iban desarrollando los juegos consagrados al Sol, aumentaba su inquietud. Miraba con ansiedad, las diferentes pruebas, ya que del resultado de las mismas dependía algo muy importante para su vida”.

Demetrio Aguilera nos introduce así en la vida de estas gentes, tan diferentes a cuanto hayamos podido leer en los libros de texto, en los que tal vez se limitaran a contarnos la historia de manera simplificada, tal como si las personas carecieran de sentimientos y simplemente actuaran de determinadas formas en virtud de unas coordenadas culturales concretas.

“Estaban aún paralizados por el temor, y dudando si debían proseguir o no la fiesta, cuando de improviso, se escuchó un rumor de extraños e innumerables pasos acercándose, y casi en seguida, se vieron rodeados por más de un centenar de españoles, al mando de Balboa. Ni Careta ni sus guerreros tuvieron tiempo de defenderse y ni siquiera de intentar hacerlo”.

Como un discurso dentro de otro, esta novela habla de la enorme atracción que ejercía el oro sobre los españoles.

“Al amanecer y comprobar la cuantía de lo obtenido, Balboa no pudo ocultar su desagrado. Así lo manifestó a Juan Alonso:

–El cacique decía la verdad. No valía la pena matar a tantos por tan poco–.

Claro que, tanto como ocurrió con el oro, el español se vio cegado por la belleza de las mujeres de aquellas tierras.

“Lo que ocurre es que te gusta Anayansi. Esa india pequeña, de rostro enigmático, tan bien formada y tan atractiva, te está cautivando demasiado. Y si es así ¿por qué estas con tantos rodeos?. ¿Por qué no la llevas a tu lecho, sin más contemplaciones? ¿Quién te lo puede impedir? ¿Quién se atrevería a censurarte? ¿No es, además, lo que siempre hemos hecho con las mujeres de estas tierras?”.

La caballeresa del Sol

Aguilera Malta escribió estos libros que relatan diversos episodios americanos. Uno de ellos es *La caballeresa del Sol*, es decir, Manuela, la amante de Bolívar.

Se trata de otra novela histórica, donde la realidad se impone. Tal vez Aguilera intentara describir lo que no se sabía, lo que nunca se puede saber. Paradójicamente, el libro es de una gran fuerza y relata acontecimientos verídicos: es un libro que podría ser utilizado para enseñar la historia verdadera de esos dos personajes de la vida real.

“Manuela lo miró venir. Y, por extraña paradoja ya no tuvo miedo, ni recelo, ni angustia. Todo lo contrario. La fue invadiendo un total dominio de

si misma, como si tuviera que enfrentarse a un hecho irremediable que no modificaría en nada su existencia. Le pareció lo más natural que él se acercara. Le dijera alguna frase amable. Le ofreciera el brazo. Y, después, tomándola del talle, la llevara, casi volando, al compás de la música”.

Así se conocen Simón Bolívar y la hermosa quiteña que sería su amante. ¿O mucho más que eso?.

La novela *La caballeresa del Sol* está llena de diálogo de música, de poesía, pero es portadora también de la más cruda de las historias, en la que se denota el desprecio de las gentes “linajudas” por Manuela y por su romance. Cruda por los tremendos problemas y dificultades que se oponen a la pareja.

“La última noche que iban a pasar juntos, los dos sentíanse nerviosos. Él estaba algo descontento de sí mismo. Era la primera vez que le ocurría ésto, después de la pérdida irreparable de su esposa. Experimentaba una sensación de desgarramiento. Como si una parte de su propio yo fuese a quedarse en Quito. Y lo curioso es que esa parte no resultaba, a diferencia de los primeros días, una prolongación –pequeña o grande– de su cuerpo. Era algo mucho más hondo e importante”.

No todo es psicología, sin embargo. Por ejemplo, resulta apasionante la descripción de las diferentes batallas, de aquellos caminos que el Libertador debe atravesar. Se angustia uno ante la forma en que relata las

enfermedades, y se puede comprender lo que debió ser para aquellos hombres la conquista de la libertad para sus tierras.

“El viaje sería tremendo. Por las distancias, por las dificultades, por los peligros y porque iba a realizarlo de un tirón. Deteniéndose, prácticamente, sólo para cambiar de cabalgadura. ¿Cómo iba a someterla a un esfuerzo que era como para aniquilar a cualquier hombre?”

Manuela sigue a Bolívar por las montañas, rociada de peligros, sola, cansada, agobiada. Pero sigue a su hombre para estar con él en el momento en que la necesite.

“Y así fue como, poco después, los soldados vieron entrar en los cuarteles una extraña amazona. Venía posesa de una inquebrantable decisión. A pesar de su belleza, imponía respeto y un tanto de temor. En su diestra agitaba un sable, desenvainado. Su pecho agitado denotaba la emoción que experimentaba. Tenía los ojos brillantes. De sus labios brotaban borbotones de palabras. En los labios de todos surgió un grito de admiración:

–¡La Coronela!”

La novela *La caballeresa del Sol* se lee de un tirón. Se puede asegurar que resulta apasionante desde sus primeras páginas hasta las postreras. Se trata, sobre todo de un profundo análisis de la vida colonial, de las costumbres, de los problemas que a diario podían encontrar las gentes en un ambiente cerrado. Todo es real;

se puede imaginar por la cantidad de imágenes auténticas que Aguilera ofrece, imágenes que muestran, hasta sus respectivas muertes a dos personajes verdaderos, de carne y hueso, no siempre buenos ni perfectos, sino cargados de todas las fallas comunes a dos seres que se aman, pero que con el deber que tienen que cumplir, no pueden vivir juntos de la forma en que ellos quisieran.

Don Goyo

Ángel F. Rojas dijo que “para el regnícola, el mangle es un árbol casi mítico, algo así como su emblema tótemico”.

Don Goyo, el extraño personaje de la novela del mismo nombre, habla con los manglares. Ellos le explican lo que debe hacer. Todos los indios siguen las indicaciones que él da.

En esta novela se habla de un cholo viejo, que durante muchos años ha dirigido a toda una comunidad de gentes que se instalan en esas islas y que al mismo tiempo, mantiene unas buenas relaciones con los blancos, a pesar de saber que le explotan.

“Se exaltaba. Su voz caía áspera, dura, como un arponazo, sobre el cuerpo inclinado de sus oyentes...”

-Ustedes no sirven para nada... El blanco los mandará siempre... Y algún día no podrá vivir nadie por estos lados. Y entonces se acordarán del viejo Don Goyo... Corten mangle... Hagan lo que les de la gana”.

Don Goyo habla de problemas reales, aunque lo hace de manera novelada. Pero toma corporeidad para retratar el enfrentamiento que, de hecho, existió entre el blanco y el cholo.

Las brutales relaciones sexuales entre los cholos, por ejemplo, nos hablan a las claras de una gente atrapada en callejones sin salida.

“Vino la posesión. La noche ahogó un grito furtivo. El estero pareció ayudarlos. La canoa se hizo canción de vida y tuvo agitación de correntada. Hasta el viento llevó tono de caricia”.

La sensación de brutalidad queda cubierta en Aguilera Malta por la ternura de las descripciones, por la realidad de los personajes.

“La Gertru y el Cosumbo se miraron, llenos de miedo. Y –en plena inconsciencia-, como para protegerse mutuamente, se abrazaron otra vez”.

En no pocas ocasiones, Aguilera se regocija al comunicar la belleza de los paisajes y lugares de aquellas tierras perdidas, lejanas. Hay momentos en que hasta se vuelve ecológico.

“Se confundían con el color gris predominante en las raíces, en las ramas y en el fango”. Así, la pesca surgía como una opción para que los cholos no picaran el mangle, para que no acabaran con las riquezas de esas regiones. Don Goyo escuchaba cómo un mangle le pedía que no lo cortaran, que, por el contrario, viviera la gente de la pesca. Sin embargo, la pesca se le hacía imposible a estos

hombres, y por eso, tuvieron que volver al mangle.

“Levantó el cholo la mano, sacándola de un tirón desde el hueco en que la tenía metida. Y entonces todos vieron, atónitos, que un enorme crustáceo de carapacho azul le colgaba. Gruesas gotas de sangre caían al suelo. Medio advirtieron una tenaza dentada cerrándose sobre uno de los dedos del pobre hombre.

-La sin boca!

El cholo, en esfuerzo loco, estrechó al animal contra una varenga de mangle. El crustáceo se agitó pesadamente unos segundos. Y después quedó inmóvil, rígido, con las patas abiertas; pero sin aflojar el dedo mordido, colgando siempre, en un baño de sangre, de la carne del cholo, con los ojos levantados, como dos periscopios diminutos.

-Me ha fregado”.

El final de la novela *Don Goyo* es triste, decepcionante. Pero, en una última vuelta de tuerca, Aguilera nos ofrece una posibilidad ante la muerte de Don Goyo. Una posibilidad que cada uno puede interpretar a su gusto. Una opción a otra realidad. Todos hubiéramos querido que Don Goyo se quedara en esas aguas, esas aguas tan próximas a sus mangles.

Don Goyo, la primera novela de Aguilera Malta, se editó en el año 1933 con gran éxito: “Era breve y contenía varios episodios que exponían la situación del cholo –comenta Luzuriaga- agachado y humilde (“ta bien, patrón”), ante la mala fe y ex-

plotación del blanco, teniendo como escenario el archipiélago de la desembocadura del río Guayas y como hilo unificador de la textura narrativa la presencia mítica de un cholo fabuloso, solitario y excéntrico, Don Goyo Quimí, de ciento cincuenta años de edad”.

Estos ciento cincuenta años y la lucidez de Don Goyo hacen de ésta una novela con aquel realismo mágico del que hablábamos anteriormente.

“Además de las semillas del realismo mágico, se encuentran en *Don Goyo* aspectos de animismo, del totemismo, amén de un fuerte erotismo. El animismo –comenta Antonio Fama- es una visión primitiva de la naturaleza y del universo. La creencia de varias razas primitivas supone que el universo contiene un sinnúmero de espíritus; algunos benévolos y otros malignos. Estos espíritus son los responsables por los fenómenos naturales. Creen que estos espíritus se infunden en los animales, en los árboles y en todos los objetos, dándoles vida”.

Las palabras de Fama son precisas y explican ciertas claves que existen en Aguilera Malta; asimismo, Antonio Fama resume ciertas descripciones.

“En la novela de Aguilera Malta muchos objetos tienen dimensiones humanas; por eso la noche se parece a la ‘enorme boa de ébano’, ‘las islas parecen bostezar’, los ‘mangles iniciaron sus amores milenarios sobre los lechos plásticos del fango”.

Son frases mágicas (sin necesidad de hurgar en el idioma exacto de aquellos personajes); son descripciones extrañas pero fácilmente comprensibles, emparentadas con las que podemos hallar en los textos de García Márquez o de Alejo Carpentier.

Estas frases mágicas se ven claramente, sobre todo, en lo que a las relaciones afectivas o sexuales se refiere. “El aspecto procreador y la armonía de lo erótico desaparecen cuando Cosumbo tiene relaciones –dice Antonio fama- con una prostituta de Guayaquil. Lo que en las islas era deleite idílico, en la ciudad provoca disgusto y asco. Las páginas correspondientes muestran la decadencia y la podredumbre involucradas en el erotismo estéril de la ciudad. Además, Columbo contrae una enfermedad venérea. Por consiguiente, lo erótico dentro de un cuadro natural, trae satisfacción porque es un acto procreador, mientras que en la ciudad frecuentemente es un comercio y resulta repugnante”.

“Y, bajo el tamarindo, le habló como a una vaca:

-Ponte, Nica.

-Ya está.

-No, así no.

Ella se había arrojado boca arriba, ofreciéndose. Sus ropas levantadas sobre el vientre, dejaban ver. Columbo la sondeaba con las manos ávidas.

-¿Cómo, pues?

-Así, como se ponen las vacas a los toros.

-No, no es así. ¿Sabes? No es así.

-Sí. Yo he mirado el otro día al “Fajado y la Jaboncilla”.

-Es que... aguarda. Los animales son distintos... ¿Tu nunca?

-No. Nunca.

-Ajá. Mejor entonces”.

Pero no es grotesco ni vulgar en ningún momento. Las escenas de este tipo aunque algo crudas, rebosan ternura. Aguilera Malta utiliza el lenguaje con maestría de tal forma que hasta los paisajes y las escenas más crudas resultan de una enorme delicadeza.

Por otra parte, debe recordarse siempre que Don Goyo pudo haber existido con esos mismos problemas, precisamente porque eso es el realismo mágico. Que, tal vez, lo más sorprendente fuera el hecho de que Columbo o la Nica o el mismo Blanco que los explotaba, fueran personajes absolutamente reales. No eran personajes ajenos a esas tierras ni a esas realidades, sino todo lo contrario.

“Pero el personaje que más encarna características sobrenaturales, misteriosas y legendarias es Don Goyo mismo. En un personaje borroso -son palabras de Fama-, huidizo y real a la vez. Muchas veces la aparición de Don Goyo parece fantasmal”.

“En las dos primeras partes de la novela –añade-, Don Goyo nunca aparece como personaje de carne y hueso, su presencia se siente y muchas veces no se ve, y además da la impresión de ser omnipotente. En cualquier momento aparece y desaparece como

si se hiciera invisible o como si fuera un fantasma”.

Pero es que, al final de la novela la vuelta de tuerca de la que hablábamos antes, nos coloca nuevamente frente a un fantasma.

“Pasamos Cascajal muy tarde. Se había calmado un poco. Yo les dije a los muchachos que remaran más fuerte para poder llegar pronto, cuidado que se nos iba a descomponer el difuntito. Y en eso nos hallamos cuando, de repente, sentimos un remezón y oímos un chapoteo en el agua. Nos volvimos y entonces todas las carnes se nos pusieron agudas, como hamacas de miedo. Don Goyo se había largado, con ataúd y todo. Lo buscamos un rato. ¡Pero quién encuentra a un difunto en Cascajal y de noche...!”

Infierno negro

Infierno negro es otra cosa. *Infierno negro* para comenzar, es una obra de teatro. Aguilera Malta ofrece, como una muestra más de sus múltiples posibilidades literarias, esta obra en dos actos.

Claro que también refleja en ella el problema de las gentes de estas tierras. Las dificultades que enfrentan a los blancos o a los habitantes de otras razas u otras combinaciones. Los cholos, los indios y en este caso, los negros concretamente.

“Cuando un niño negro tiene la nariz y las orejas devoradas por las ratas –así se inicia el libro, citando a

Rockefeller- su familia pierde la esperanza en la sociedad”. La frase resume el estilo del libro.

“Pero en su sentido más trascendente –dice Carlos Solórzano- *Infierno negro* está concebido en todo su trazo como una ceremonia de un exaltado sentido ritual. Esto puede apreciarse en su contenido y en su forma en la cadencia con que han sido expuestas sus partes, alternando de manera acompasada sin rupturas en el ritmo, algunos trozos poéticos de autores muy conocidos con el crecimiento de la acción dramática.

Y comentaba Antonio Fama que esta obra de teatro, así como los libros *Canaima*, *La vorágine* o *La isla virgen*, representa “un aspecto de suma importancia en la historia literaria de Hispanoamérica”. Estas obras constituyen la “novela de la selva, cuyas raíces demuestran la visión sentimental de la naturaleza propagada por el romanticismo”.

Dicho esto, debemos comentar los nombres de los personajes de *Infierno negro*. Cuando éstos se llaman Feto, Horridus, Arácnido y Negro 1, 2 y 3, esto tiene que significar algo.

Cuando, además, esos personajes están tan bien presentados que se llega a tenerles afecto, significa que el escritor ha conseguido calar en el tema y traducirlo a términos poéticos.

“Alondra: ¡Me volví alcohólica para ahogar mi fracaso! Porque a pesar de saberte un malvado, te seguía amando, Horridus. ¡Mi marido, mi

inventor, mi muerto! (Se levanta. Da unos cuantos pasos vacilantes. Empieza a danzar, como en cámara lenta, con movimientos desdibujados. Casi cantando). ¡Quiero dejar de quererte! ¡Necesito dejar de quererte!”

Leer o presenciar esta obra de Aguilera Malta, significa incurrir en un reencuentro con el realismo mágico, con cierto surrealismo americano.

“También en los nombres de los personajes, en los que el acento latino no puede ocultar la calificación que el autor hace de ellos, vemos ese deseo de convertirlos –comenta Solórzano– más allá de los alcances limitados de los conflictos particulares, en elementos capaces de ser transmutados por la alquimia del teatro, por las sucesivas transfiguraciones que opera en ellos la luz de la escena”.

Con un “Para todos hay un lugar en la cita de la victoria”, Aguilera hace caer el telón de esta pieza teatral.

La otra tiene una segunda lectura: la de un transparente homenaje a todos los escritores y poetas que se han sentido motivados por idénticos problemas. Así, se incluyen versos o fragmentos en prosa de escritores tan dispares como Nicolás Guillén –no podía faltar en estas frases esgrimidas por los negros de Aguilera– o Franz Fanon, o Claude Mackay, o Paul Níger.

Jaguar

Jaguar es una novela extraña, donde “la imaginación se entromete

en la realidad con la impertinencia del destino”.

Giuseppe Bellini –que ha escrito mucho sobre Aguilera Malta, insiste en que el ecuatoriano es uno de los primeros escritores que han utilizado el realismo mágico. Asimismo, recuerda que “ha vuelto en 1970 al romance, después de un largo silencio, como para reivindicar su puesto en el momento de mayor auge del realismo mágico”.

Jaguar se publicó en México en el año 1970, año del *boom* latinoamericano, año en que se dieron a conocer muchos escritores y poetas del subcontinente.

La novela se desarrolla en escenario similar al de Don Goyo: la dura tierra de mangles y de ostiones. Tierra mezclada con agua, aguas sucias e infestadas de tiburones. Los personajes –como siempre sucede con Aguilera– gozan de una vitalidad tan real que asombran al lector.

Domitila y el Zambo, Don Mite (y, sobre todo, creador del miedo, el Tigre o, como también le llaman, el Manchado) son personajes reales.

Es la lucha contra los elementos, contra el blanco para quien deben trabajar. Pero también es la lucha con la misma tierra, contra los animales, contra los árboles y la vegetación. Contra el miedo que atenaza al Zambo Aguayo cada vez que se enfrenta al tigre.

Jaguar puede incluirse, por derecho propio, en algo así como una nueva narrativa hispanoamericana,

especialmente por el estilo al que recurre el autor.

Hay que señalar algo: los desenlaces de Aguilera, aunque previsibles en parte, se producen de manera cortante y fría. Pero, debemos insistir en ello, están llenos de realismo. Todo puede ser. De hecho, así sucede.

La novela contiene, a su vez, otras novelas o comienzos posibles de otras novelas. Las historias. Cada vez que se nos presenta a un personaje nos cuenta toda una historia de su vida, de sus problemas, de su realidad.

Por ello, Aguilera es autor que se lee deprisa, que atrapa al lector y lo cautiva, que lo lleva rápidamente hasta el final del libro.

“¿Por qué no me comes de una vez, Manchado? ¿Qué te sacas con seguirme jodiendo?”

El Tigre abría las fauces y lo miraba fijamente.

-Por qué quieres alargarme la agonía durante tanto tiempo?

En *Don Goyo* eran los manglares quienes hablaban y explicaban algo sobre esas tierras cálidas y tropicales; en *Jaguar*, el Tigre tiene algo que decir. Y ese mensaje llega incluso al escenario.

“El clima de mito y de magia en que se mueve el Aguayo de la novela es tan subyugante -ha dicho Luzuriaga-, que en un momento llega a afectar al superhombre que es, a los ojos de los jornaleros, Don Guayamabe, el cual en la pieza dramática aparece absolutamente inmune al miedo”.

Y ello porque, además de libro, *Jaguar* ha sido texto específicamente dramático, no transcripción lineal. La prueba de que ambas obras se reconocen hermanas separadas está en los propios nombres, signos iniciales de identidad. La novela se titula *Jaguar*; la obra teatral, *El Tigre*.

Siete lunas y siete serpientes

“La vieja Crisanta -racimo erecto de plátanos enjutos- mascullo”.

Así comienza el segundo relato del libro *Siete lunas y siete serpientes*. Se podrá hablar de realismo mágico insistentemente, pero también insistimos nosotros de surrealismo. Tal vez, un surrealismo mágico.

“Un minúsculo rincón ecuatoriano, con los personajes esperados el cura, el coronel, por ley propia, el Brujo -se convierte en universo alucinado donde se borran las fronteras entre lo palpable y lo fantástico, entre el dato en bruto y la facultad expresiva del escritor. Violencia al mundo, violencia al lenguaje- dice la contraportada de la edición del Fondo de Cultura Económica, de México, fundidas en verdad total: al correr de las páginas, los fragmentos se unen, la trama se aprieta y cada personaje de siempre deja de serlo y vuelve a ser él mismo”.

La crítica está presente en la narrativa de Aguilera Malta. Siempre resalta el espíritu crítico del autor, en frases simples -que utiliza con frecuencia; son lugares comunes los

que pronuncian sus personajes-. Las palabras, el dominio de esas palabras para que no decaigan, para evitar la pesadez en el relato. Donde se encuentra un diálogo se descubre un hallazgo narrativo.

“Es malo como médico y peor de corazón. Además, tiene el negocio de enterrar a los muertos. Mientras más se le mueren, gana más”.

O los hallazgos simplemente literarios.

“¿Y en un baile del colegio no obedecerías a todas las letras de su cuerpo?”

Aguilera utiliza un lenguaje real y otro mágico. Otro que él se inventa y que no sobresale ni perturba la lectura.

Éste es el final de la exploración, no de un paseo. Como hitos, como mojones, nos han guiado los detalles. Las palabras gastadas, pero que todavía definen: realismo mágico, surrealismo, americano, iberoamericano, latinoamericano, indio, negro, mulato, manglares, ostiones, animal, sexo.

Ya la palabra nueva: surrealismo mágico.

Es acaso el estallido de un subcontinente el que alimenta los textos que Europa redescubre como mágicos; pero puede ser también que la riqueza idiomática de Aguilera Malta, por ejemplo, revele sobre todo las maneras en que una cultura conserva o expande ese idioma que le llegó desde Europa, cómo le permite fun-

dirse con los idiomas y dialectos locales, con la respiración y los signos de otros pueblos.

Por eso, este trabajo se ha limitado a buscar pistas. Analizar el conjunto de la obra de Aguilera Malta hubiera exigido todo un libro. Hay piezas teatrales cuyo estudio parece indispensable, pero que al mismo tiempo exigen un respeto, una extensión que este trabajo no puede darles.

Y sus últimas novelas (como, por ejemplo, *El secuestro del General*, publicada en 1973). No:

Aquí, a través de rasgos comunes, más como lectores que como críticos; como lectores subyugados, como reconocedores de un estilo y de sus mágicas iteraciones, hemos atravesado la dura jungla, la cálida jungla, la restallante jungla de palabras.

Por todo eso, nos encontramos al otro lado con la sorpresa de que Aguilera Malta nos escamoteaba nuevamente al autor; que el hacedor de textos volvía a fundirse con el jaguar, con Don Goyo, con los manglares, con América.

Tigre de la memoria que en una mesa cualquiera, en México o en un hotel de cualquier parte, fuera peregrino de sí mismo, en la redacción minuciosa y desenfrenada de una historia que es la de todos, porque es el pasado y es el futuro del ser americano.

Ese ser cuya otra opción no es la nada, sino un todo en el que se funden rito y mito: una selva que habla,

un animal que piensa, un hombre y
una mujer que sienten.

Para que Aguilera Malta los es-
cribiera. Los describiera.